

Catecismo 1523.

Art.5. LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS.

IV. Efectos de la celebración del sacramento III.

2007

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1523

Una preparación para el último tránsito. Si el sacramento de la unción de los enfermos es concedido a todos los que sufren enfermedades y dolencias graves, lo es con mayor razón "a los que están a punto de salir de esta vida" (*in exitu viae constituti*; Concilio de Trento: DS 1698), de manera que se la llamado también *sacramentum exeuntium* ("sacramento de los que parten"; *ibid.*). La Unción de los enfermos acaba de conformarnos con la muerte y resurrección de Cristo, como el Bautismo había comenzado a hacerlo. Es la última de las sagradas unciones que jalonan toda la vida cristiana; la del Bautismo había sellado en nosotros la vida nueva; la de la Confirmación nos había fortalecido para el combate de esta vida. Esta última unción ofrece al término de nuestra vida terrena un escudo para defenderse en los últimos combates antes entrar en la Casa del Padre (cf *ibid.*: DS 1694).

Con este punto acabamos el tema sobre los efectos del sacramento de la Unción de los Enfermos. Es hermoso que el Catecismo se refiera en este punto a la muerte como el **último tránsito**. Los cristianos hemos rebautizado el nombre de **necrópolis** (la ciudad de los muertos), sustituyéndolo por el de **cementerio** (dormitorio), mostrando que nuestra fe ve más allá de lo que sensiblemente puede percibirse. Acordémonos de cuando Jesús dice de la niña: "**no está muerta, sino duerme**", y se rieron de Él. Nosotros, con esa mirada de Jesús, somos capaces de ver un dormitorio, en el lugar donde yacen los muertos, y no una necrópolis. Fijémonos también cómo la tradición católica celebra el día de todos los Santos, el día de su muerte, en el día en que nacieron para la vida eterna, el día del tránsito. Démonos cuenta de que la luz de la fe ha reconfigurado la percepción de la realidad, haciéndonos verla en su plena dimensión.

Hemos insistido en que el sacramento de la Unción es un sacramento de vivos, que no tenía sentido ofrecérselo a una persona que hubiese fallecido, que la Iglesia recomienda que este sacramento sea recibido, NO en el momento de la agonía, sino cuando en casos de enfermedad grave, operaciones, o cuando, con el paso de los años, haya una circunstancia que haga discernir a la persona que es momento de pedir la gracia al Señor para consagrarse, de manera que la enfermedad, o el estado de

deterioro sea llevado junto a la pasión de Cristo, incluso para pedir el don de la salud, si es voluntad de Dios.

Pero todo lo anterior no quiere decir que NO tenga sentido celebrarlo en los últimos momentos, cuando el enfermo se debate en agonía. De una cosa no se deriva la otra, aunque evidentemente celebrado así ciertos aspectos del sacramento se quedan en la penumbra, por ejemplo, aquello de que el Señor le conceda al enfermo la paciencia de sobrellevar la enfermedad, o el de pedir la salud. Pero, sin embargo no sería correcto caer en el extremo de pensar que si el sacramento no se recibe en los estados habituales deja de tener sentido.

Lo que se subraya en este punto es que, **cuando se celebra en el momento de la agonía es una unción del Señor para el último tránsito**. Este punto nos recuerda que hay **tres unciones** que acompañan al cristiano en su vida: la primera la del Bautismo, donde se **nos selló a una vida nueva**; segundo la unción de la Confirmación, que **nos fortalece la fe para el combate** de la vida, pues el nacer es al crecer como el Bautismo es a la Confirmación; y la tercera la Unción de los enfermos que da la fortaleza para librar los últimos combates previos a la entrada en la casa del Padre.

Se suele decir que hay tentaciones propias de la niñez, de la juventud, del adulto, del jubilado, y las propias del que está en la agonía de la proximidad de la muerte. El punto habla en concreto de “**un escudo para defenderse en los últimos combates**”. Esta expresión no se la saca de la manga el Catecismo, sino que cuando Satanás tentó a Jesús en el desierto y este salió victorioso, el Evangelio dice que “Satanás vencido se retiró hasta otra ocasión propicia”, y esa ocasión propicia en la que vuelve al ataque es Getsemaní y la pasión de Cristo, que es cuando Satanás intenta desalentar a Jesús sobre el paso que va a dar. La lucha de Jesucristo en la cruz, desde ese ***¡Dios mío, por qué me has abandonado!*** muestra la oración de alguien que lucha en el momento de la desesperación, hasta que finalmente pronuncia ***“Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu”***. **Es una lucha entre la sensación de abandono e impotencia, y finalmente la confianza en Dios Padre**. Ese es el combate en el momento de la agonía donde la Iglesia quiere acompañar al enfermo.

Cuando uno lee la vida de los Santos se da cuenta de que los más santos suelen ser más tentados en el momento de su muerte, porque Satanás ve que su acción tentadora ha sido inútil a lo largo de toda la vida del santo. Es curioso cómo Santa Faustina, en la devoción de la Divina Misericordia, insiste para que se pida, por los méritos de la pasión de Cristo, especialmente por los enfermos en agonía, para que sean capaces de abandonarse en aquel Cristo que se debatió en agonía y que pronunció el abandono final.

Nada tenemos que temer unidos a Jesucristo, porque él no permitirá que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas. La tradición habla de esta unción como de un escudo que nos hace invulnerables a la acción de la tentación.

El Catecismo nos remite a los siguientes textos del concilio de Trento que nos habla de la doctrina de la unción de enfermos:

1694 Mas ha parecido al santo Concilio añadir a la precedente doctrina acerca [del sacramento] de la penitencia lo que sigue sobre el sacramento de la extremaunción, que ha sido estimado por los Padres **(2) como consumativo no sólo de la penitencia**, sino también de toda la vida cristiana que debe ser perpetua penitencia. En primer lugar, pues, acerca de su institución declara y enseña que nuestro clementísimo Redentor que quiso que sus siervos estuvieran **en cualquier tiempo provistos de saludables remedios contra todos los tiros de todos sus enemigos**; al modo que en los otros sacramentos

preparó máximos auxilios con que los cristianos pudieran conservarse, durante su vida, íntegros contra todo grave mal del espíritu; así por el sacramento de la extremaunción, fortaleció el fin de la vida como de una firmísima fortaleza [can. 1]. **Porque, si bien nuestro adversario, durante toda la vida busca y capta ocasiones, para poder de un modo u otro devorar nuestras almas** (cf. 1P 5,8); **ningún tiempo hay, sin embargo, en que con más vehemencia intensifique toda la fuerza de su astucia para perdernos totalmente, y derribarnos, si pudiera, de la confianza en la divina misericordia**, como al ver que es inminente el término de la vida.

La Iglesia acompaña la celebración del sacramento con una oración por los moribundos, pues sabe del momento tan determinante que es el final de la vida. **Muchas religiosas de clausura suelen tener una oración especial por las almas agonizantes.** ¿Nos fijamos cuántas veces, a lo largo de nuestra vida, hemos pedido eso de “Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte”? Miles de veces, al rezar el Ave María. Pedimos a la Virgen que, en el momento del tránsito nos custodie especialmente. Y la Iglesia que es madre, y que está prolongando la acción maternal de la Virgen, hace lo mismo que hace ella, rezando por los que se debaten en agonía. Son aspectos que, en la medida que nos hemos secularizado, hemos dejado en el olvido. Hemos ido olvidando la oración por las almas del purgatorio, la oración por los que se debaten en agonía, como consecuencia de haber olvidado de predicar la doctrina católica del más allá de la muerte y la retribución por las obras, y la posibilidad de salvación o condenación. Cielo, infierno y purgatorio son tres verdades de fe católica que, si uno ha dejado de predicarlas, deja de tener importancia la oración por los que están en agonía.

Entre las oraciones que hace la Iglesia por los moribundos está la llamada **ENTREGA DE LOS MORIBUNDOS A DIOS, O RECOMENDACIÓN DEL ALMA**. Primeramente esta oración se introduce con unas fórmulas breves a **modo de jaculatorias**, textos bíblicos en los que se nos quiere dar rayos de luz que sean consoladores para la persona que se debate en agonía. Como no se trata de un sacramento, esta oración puede ser hecha por un seglar, si no está el sacerdote. **Se ofrecen las siguientes jaculatorias:**

¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo? (Rm 8, 35)
 En la vida y en la muerte somos del Señor (Rm 14, 8)
 Tenemos una casa que tiene una duración eterna en los cielos (2 Co 5, 1)
 Estaremos siempre con el Señor (1 Ts 4, 17)
 Veremos a Dios tal cual es (1 Jn 3, 2)
 Hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos (1 Jn 3,14)
 A ti, Señor, levanto mi alma (Sal 24,1)El Señor es mi luz y mi salvación (Sal 26, 1)
 Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida (Sal 26,13).
 Mi alma tiene sed del Dios vivo (Sal 41 ,3)
 Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo (Sal 22. 4)
 Venid vosotros, benditos de mi Padre, dice el Señor Jesús, heredad el reino preparado para vosotros (Mt 25, 34)
 ad el reino preparado para vosotros (Mt 25, 34)
 Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso, dice el Señor Jesús (Le 23, 43)
 En la casa de mi Padre hay muchas estancias, dice el Señor Jesús (Jn 14, 2)
 Dice el Señor Jesús: Voy a prepararos sitio y os llevaré conmigo(Jn 14, 2-3)
 Este es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo, dice el Señor Jesús(Jn 17, 24)
 Todo el que cree en el Hijo tiene vida eterna (Jn 6, 40)
 A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu (Sal 30, 6a)
 Señor Jesús, recibe mi espíritu (Hch 7, 59)

Santa María, ruega por mí.
 San José, ruega por mí
 Jesús, José y María, asistidme en mi agonía.

Especialmente me quiero fijar en la última jaculatoria: **Jesús, José y María, asistidme en mi agonía**. A la agonía de José, podemos buenamente pensar, que asistieron Jesús y María y le acompañaron en ese tránsito. Más tarde fue María la que asistió a la agonía de Jesús, y le ayudó en ese tránsito con su presencia al pie de la Cruz. Y luego fue Juan y la Iglesia primera quienes acompañaron a María en su tránsito, en su dormición. Es decir que forma parte de la comunión que tenemos el asistirnos en ese tránsito. Por eso la Iglesia recuerda los santos nombres. Es verdad que Dios puede permitir que una persona muera sola, sin estar físicamente acompañada, pero aún si a alguien el Señor le permite pasar esa prueba, por ejemplo estoy pensando en Francisco y Jacinta, que les pidió el sacrificio de morir solos en un hospital alejados de Fátima y la presencia de sus padres. Pues incluso en ese sacrificio tan grande de la soledad en el momento de la muerte, no olvidemos que junto a esa persona que se debate en agonía, están sus santos ángeles asistiéndole, está la Iglesia en su cuerpo místico, está María. La Iglesia es madre y da a luz para la vida eterna, y hace de introductora para la vida eterna en ese acompañamiento en la agonía. Es curioso que San Esteban, que fue el primer mártir, imitó la muerte de Cristo de muchas maneras, y nosotros estamos llamados a imitar la pasión de Cristo en nuestra vida y a tener los mismos sentimientos de Cristo en el momento del tránsito. Por eso la Iglesia le dice al enfermo en agonía la misma palabra que dijo Cristo al buen ladrón: **Te lo aseguro hoy estarás conmigo en el paraíso**. Y también le dice: **Venid vosotros, benditos de mi Padre, dice el Señor Jesús, heredad el reino preparado para vosotros (Mt 25, 34)**. La Iglesia invita al enfermo en agonía a poner sus pies donde Cristo ha dejado sus huellas. Lo angustiioso para un niño no es la oscuridad, sino la oscuridad en soledad. Por eso la Iglesia le dice al enfermo: **Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo (Sal 22. 4)**.

Dice el ritual que se recomienda también la **oración de la letanía de los santos**, incluyendo especialmente el patrono de ese enfermo que se debate en agonía:

*Si el moribundo en agonía pudiera soportar una plegaria más larga, en aconsejable que, según las circunstancias, los presentes recen por él recitando **las letanías de los santos** (o algunas de sus invocaciones) con la respuesta «ruega por él», haciendo especial mención del santo o de los santos patronos del moribundo o de la familia. Pueden también recitarse algunas de las oraciones más conocidas. Cuando parece que se acerca el momento de la muerte, alguien puede decir, según las disposiciones cristianas del moribundo, una o varias de estas.*

¡Qué importancia tiene todo esto! porque en la medida que dejamos de rezar, cuando un familiar se debate en la agonía, no sabemos qué rezar por el para acompañarle. Dentro de **las oraciones que se ofrecen**, la más frecuente es la siguiente:

*Alma cristiana, al salir de este mundo, **marcha en el nombre de Dios Padre todopoderoso**, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. **Entra en el lugar de la paz** y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con Santa María Virgen, Madre de Dios, con San José y todos los ángeles y santos.*

Fijaos que **la Iglesia se atreve a mandar al agonizante** que “**se marche** de este mundo”. Acordémonos en este momento de la frase de Jesús, cuando dijo que a “**él nadie le quitaba la vida sino que él la daba voluntariamente**”. Es verdad que en el momento de la muerte la enfermedad arrebató la salud, pero al mismo tiempo nosotros entregamos nuestra vida a Dios. Igual que a Jesús en la cruz, por una parte le

arrebataron la vida, pero al mismo tiempo él la entregaba voluntariamente, así nosotros imitamos a Jesús en el momento de la agonía haciendo lo mismo cuando, más allá del acontecimiento físico, entregamos nuestra vida, y la Iglesia dice: ¡**alma cristiana, vete, que Dios te espera!** Nosotros tenemos esa libertad espiritual para ver que, más allá de los acontecimientos históricos, está teniendo lugar una respuesta libre a la llamada de Dios, de forma que uno puede entregar voluntariamente la vida.

Alabado sea Jesucristo.